

TODO DEBÍA SER GRACIOSO, ocurrente, colorista y lo más aséptico posible; que no hiciera pensar. Es lo que todo el mundo quería.

Incluso un poco de idiotez no venía mal, esa idiotez que, dicen, da la felicidad o esa otra idiotez que predicán en los medios los gurús de la idiotez y que a su vez nos hacen más idiotas. Ya lo dijo Ferlosio (Rafael Sánchez. F.): “Vendrán más años malos y nos harán más ciegos” o “vendrán más años ciegos y nos harán más malos”.

Todo tenía que ser divertido y, a ser posible, un tanto ñoño para poder remitirnos a algo que lo fuera aún más y nos justificara; así podríamos continuar de fiesta en fiesta, hasta la fiesta final.

Todo parecía consensuadamente obligado: las referencias publicitarias, las camisas coloristas, las camisetas divertidas, los logos, los atuendos extravagantes, en fin... una modernidad acordada entre una espiritualidad dominguera y el sexo obligatorio por prescripción del dominical.

¡Qué modernos fuimos!

Pero de tantas luces y de tantos colorines nos hemos quedado casi ciegos, y de tanta sonrisa forzada se nos ha quedado un rictus, una mueca chistosa, a medio camino entre la broma y el llanto.